

Oración familiar de fin y principio de año



Ambientación: Preparar un altar donde se colocará una imagen de Cristo, una Biblia, un Cirio y un recipiente con agua bendita.

Papá: En el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo. Amén. Alabemos a Dios que nos ha manifestado su amor en la pequeñez de su Hijo Jesús. Él nos ha acompañado por la historia de la humanidad enseñándonos a amar y a perdonar.

Mamá: El año nuevo es la oportunidad para pedir perdón por las fallas cometidas en el año que queda atrás, pero también de dar gracias por el año que iniciamos y pedir a Dios la fortaleza del Espíritu que nos acompaña. Por eso en un momento de silencio reconozcamos nuestras fallas dentro de la familia.

Los invito a expresar algunas intenciones de perdón. Luego, se rocía agua bendita a toda la familia.

Hijo: Escuchemos la Palabra de Dios, estemos atentos a la invitación que nos hace para seguir descubriendo la presencia salvadora de Dios en nuestras vidas.

Escuchemos atentos el texto del Evangelio de san Juan 1, 1 - 5.
(Momento de silencio para la reflexión)

Papá: Dios nos ha acompañado en toda nuestra vida, pero es necesario expresarle como oración los compromisos que asumimos al iniciar el nuevo año. (Enseguida se dicen algunas oraciones).

Hija: Tomados de la mano, como familia rezamos la oración del Padre nuestro...

Como signo de que queremos iniciar el año con la bendición de Dios en nuestra familia, nos damos la bendición y a la vez expresamos un deseo para el año 2019.

HOJA DOMINICAL

La Semilla de la Palabra

La Sagrada Familia de Jesús, María y José



Año 18 Número 901 30 de diciembre, 2018 Diócesis de Ciudad Guzmán

Las familias, espacio de encuentro con Dios

El episodio de hoy, narrado por san Lucas, nos remonta a una historia vivida por la familia de Nazaret en la infancia de Jesús. José, María y Jesús peregrinan a Jerusalén para cumplir lo establecido por la ley.

Compromiso sacramental



Durante el regreso a casa los padres se dan cuenta que su hijo ya no va con ellos, se perdió. Podemos imaginar los sentimientos de angustia y preocupación que comienzan a brotar del corazón de José y María. La búsqueda no se hace esperar; entre preguntas y caminatas reencuentran a Jesús en el Templo, en medio de los maestros de la Ley.

Es el momento de encuentro de la familia de Nazaret. El Evangelio hace notar la serenidad con la que Jesús se encuentra en el templo atendiendo los asuntos de su Padre. Ni María ni José entienden del todo lo que dice Jesús, es algo que los desborda. Pero aun así mantienen los lazos del diálogo, el cuidado y la confianza.

Hoy festejamos a la Sagrada Familia de Nazaret. Es un buen momento para recordar nuestras familias, pero también a aquellas que viven la preocupación por el pan de cada día, o la angustia por la desaparición de algún familiar, o la tristeza que deja la migración.

Las familias de nuestras comunidades buscan a Dios en todo momento y esperan palabras y acompañamiento de esperanzas de parte de los discípulos de Jesús.

Como familias estamos llamados a cultivar el encuentro, el diálogo, el cuidado y la confianza, al estilo de la familia de Nazaret; a trabajar para que cada familia sea tierra fértil donde se siembren los valores evangélicos y broten servicios que sean testimonio del seguimiento a Jesús; a fomentar una relación especial con Dios Padre y Madre para que nuestras familias crezcan en gracia ante Dios y ante la comunidad.

La Semilla está en Internet: www.elpuente.org.mx

Salmo Responsorial
(Salmo 83)

**R/. Señor, dichosos los
que viven en tu casa**

Anhelando los atrios del
Señor se consume mi alma.
Todo mi ser de gozo se
estremece y el Dios vivo
es la causa. R/.

Dichosos los que viven
en tu casa, te alabarán
para siempre; dichosos los
que encuentran en ti su
fuerza y la esperanza
de su corazón. R/.

Escucha mi oración,
Señor de los ejércitos;
Dios de Jacob, atiéndeme.
Míranos, Dios y protector
nuestro, y contempla
el rostro de tu Mesías. R/.



Aclamación antes
del Evangelio

(Cfr. Hech. 16, 14)

R/. Aleluya, aleluya

**Abre, Señor,
nuestros corazones,
para que aceptemos las
palabras de tu hijo.**

R/. Aleluya, aleluya

La Palabra del domingo...

Del primer libro de Samuel

(1, 20-22. 24-28)

En aquellos días, Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso por nombre Samuel, diciendo: "Al Señor se lo pedí". Después de un año, Elcaná, su marido, subió con toda la familia para hacer el sacrificio anual para honrar al Señor y para cumplir la promesa que habían hecho, pero Ana se quedó en su casa.

Un tiempo después, Ana llevó a Samuel, que todavía era muy pequeño, a la casa del Señor, en Siló, y llevó también un novillo de tres años, un costal de harina y un odre de vino.

Una vez sacrificado el novillo, Ana presentó el niño a Elí y le dijo: "Escúchame, señor: te juro por mi vida que yo soy aquella mujer que estuvo junto a ti, en este lugar, orando al Señor. Este es el niño que yo le pedía al Señor y que él me ha concedido. Por eso, ahora yo se lo ofrezco al Señor, para que le quede consagrado de por vida". Y adoraron al Señor.

**Palabra de Dios.
R/. Te alabamos, Señor.**

De la primera carta del apóstol san Juan

(3, 1-2. 21-24)

Queridos hijos: Miren cuánto amor nos ha tenido el Padre, pues no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos. Si el mundo no nos reconoce, es porque tampoco lo ha reconocido a él.

Hermanos míos, ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado cómo seremos al fin. Y ya sabemos que, cuando él se manifieste, vamos a ser semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Si nuestra conciencia no nos remuerde, entonces, hermanos míos, nuestra confianza en Dios es total. Puesto que cumplimos los mandamientos de Dios y hacemos lo que le agrada, ciertamente obtendremos de él todo lo que le pidamos. Ahora bien, éste es su mandamiento: que creamos en la persona de Jesucristo, su Hijo, y nos amemos los unos a los otros, conforme al precepto que nos dio. Quien cumple sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él. En esto conocemos, por el Espíritu que él nos ha dado, que él permanece en nosotros.

Palabra de Dios. R/. Te alabamos, Señor.

Del santo Evangelio según san Lucas

(2, 41-52)

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén para las festividades de la Pascua. Cuando el niño cumplió doce años, fueron a la fiesta, según la costumbre. Pasados aquellos días, se volvieron, pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran. Creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino; entonces lo buscaron, y al no encontrarlo, regresaron a Jerusalén en su busca.

Al tercer día lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo oían se admiraban de su inteligencia y de sus respuestas. Al

verlo, sus padres se quedaron atónitos y su madre le dijo: "Hijo mío, ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia". Él les respondió: "¿Por qué me andaban buscando? ¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?" Ellos no entendieron la respuesta que les dio. Entonces volvió con ellos a Nazaret y siguió sujeto a su autoridad. Su madre conservaba en su corazón todas aquellas cosas.

Jesús iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres.

**Palabra del Señor.
R/. Gloria a ti, Señor Jesús.**